

Señal de un tiempo perdido

EL TEATRO VUELVE AL PASADO

IGNACIO DE LA VARA

ANACLETO se quería divorciar de su esposa en 1932; lo está volviendo a intentar en 1980. Anacleto —zafio, torpe, iletrado; pero no mala persona, evidentemente, porque el pueblo es sano: pero desgraciadamente susceptible de ser engañado— no solamente pretendía divorciarse de su santa esposa —tan limpia, tan decente: eso sí, un poco

vieja— sino que también se alzaba contra su patrón. La República, además del divorcio, había producido los comités paritarios, los sindicatos, el derecho a la huelga, ciertas ideas respecto a un reparto distinto de la riqueza entre el capital y el trabajo. Pedro Muñoz Seca, antirrepublicano, de una derecha sin límites, y su colaborador Pérez Fernández, produjeron este personaje, en la comedia «Anacleto se divorcia», como una ridiculización de las nuevas leyes y de la situación social que comenzaba —difícilmente— a emerger. El estreno fue un éxito. Han pasado casi 50 años y la obra, con muy leves y exactos retoques de actualización, está llenando el Teatro Alcazar de Madrid. Es una de las mayores recaudaciones de taquilla. Comparte esta predilección del público con «Los habitantes de la casa deshabitada», de Jardiel Poncela, en el Infanta Isabel (1942), «Doña Rosita la soltera», de Lorca, en el María Guerrero (1935), «La velada en Benicarló», de Azaña (1937); y también, desde luego, con «La vieja señorita del paraíso», contemporánea, de Antonio Gala. Otras obras menores llevan público al teatro: «Homenaje», de Bernard Slade, o «Llámemme señora», interpretada aquella por Arturo Fernández, ésta por Esperanza Roy. Hay motivos suficientes para decir que esta temporada teatral va bastante mejor que las anteriores.

El dato más curioso es el del regreso al pasado. En otras ocasiones, en otros países, e incluso en España, se ha hablado de la «moda retro». Pero no parece que aquí y ahora se trate exactamente de eso. Lo «retro» —que aparece en el vestido, en el mobiliario y el arte decorativo; florecen otra vez no sólo los anticuarios, sino los chamarileros, los almonedistas— supone una nostalgia de otra época; el descubrimiento de una elegancia perdida en lo que entonces era cotidiano y hasta vulgar. La busca de



una solidez que ya no existe. Es, por una parte, una cuestión de gusto; por otra, una cierta protesta de la sociedad en que vivimos y especialmente del consumismo que nos devora día a día. Cuando antes se aspiraba a lo perdurable, a los objetos —y las ideas— que pudieran acompañarle a uno toda una vida, ahora se aspira a aquello que se pueda cambiar rápidamente por algo mejor, o simplemente con otra forma —muchas veces, disfrazando la misma técnica—. Lo «retro» es una protesta. El reconocimiento de que «todo tiempo pasado fue mejor», sin olvidar la parte de espejismo que tiene este movimiento psicológico; y la parte de proyección de que los que éramos mejores éramos nosotros mismos: un cuerpo joven, una mente con esperanzas, un sentido de futuro.

El movimiento retrospectivo de esta temporada teatral de Madrid —ya presente, o iniciado, en otras, con sus Arnieches correspondientes— tiene un sentido diametralmente opuesto: el de la constatación de que todo sigue,

sensiblemente, igual. O peor. Anacleto podía divorciarse en 1932 (partiendo de los supuestos delirantes de la caricatura de los autores), pero no puede hacerlo, todavía, en 1980. La clase de espectadores que protestaba contra la República en aquella fecha es la que protesta ahora contra la democracia; la que cree que el problema económico está referido a las exigencias de los trabajadores, y que los equivalentes modernos de los comités paritarios y los jurados mixtos conducen al país a la misma situación caótica; quizá a otra guerra civil. La guerra civil que relata Azaña en «La velada en Benicarló» —la adaptación escénica de Gabriel y Galán y José Luis Gómez no altera la esencia del pensamiento, ni siquiera el vocabulario, del lejano y presente autor— está contada con elementos de hoy: las autonomías —generalmente, como un tratamiento crítico—, el papel de las mujeres, los riesgos del extremismo, la posición de los militares, la evaluación del hombre y sus derechos, la negación de la violencia. No es sólo



Estreno de «Juan José», de Joaquín Dicenta, el 29 de octubre de 1895. En la página anterior, la misma escena del drama según la versión que ofreció recientemente Televisión Española en el programa «Encuentros con las letras».

esta obra, sino todo Azaña el que está siendo revaluado. Se venden bien sus libros; hay estudios, conferencias, coloquios, artículos. Todo con el valor de la aproximación. Es un hecho simultáneo con otro regreso velocísimo, el de Ortega y Gasset. Tuvo, como Azaña, un doble rechazo: el de una derecha que le consideraba republicano, ateo y disolvente y el de una izquierda que le catalogaba como enemigo de lo popular, negador del valor de las masas, deshumanizador y hasta precursor del fascismo.

Estas trazas de la sociedad de hoy en las sociedades anteriores, nos están dando la señal de lo inmóvil. Aparecen en obras de menor valor político o sociológico. Es indudable que en «Doña Rosita» las mujeres —y los hombres que hacen todo lo posible por aproximarse al problema de la mujer, a su soledad, a la dificultad de entrar por sí misma en la sociedad cuando no es de la mano de un hombre; al engaño, a la trampa. Como en «Los habitantes» de Jardiel, podría verse, aunque hubiese que hacer un esfuerzo para ello, un señalamiento de la diferencia entre las apariencias y las realidades; y una parodia de un cine de terror y psicología torturada que es, también, una moda de hoy. La burla de entonces sigue siendo una burla de ahora. Hasta hace poco se estaba dando en el teatro Figaro una obra que había sobrevivido a la temporada anterior: «La locura de don Juan», de Arniches. Una comedia de figurón. Un personaje especial para actor melodramático, capaz de graduar ciertos efectos; pasar del hombre bonachón, complaciente, incapaz de negar nada a su familia, al que finge una locura agresiva que le convierte en un autócrata. Pero también algo más, mucho más: la pequeña filosofía de que la razón no basta, de que la bondad no medra; es precisa una dictadura, una imposición, una amenaza de castigo para restaurar el orden y la econo-

mía. Y, más directamente: el problema de la autoridad del padre de familia, que consigue mejor la cohesión de la «célula primaria», e incluso su amor y su cooperación, cuando es fuerte. Lo que veía Arniches en 1923 lo ha visto su espectador en 1980.

No falta en todo esto la colaboración de la televisión. Lejos ya de una memorable versión de «Rosas de otoño» de Benavente (1905), donde se explicaba que el hombre —burgués— tiene que tener ciertos desniveles en su fidelidad conyugal, pero que la mujer —burguesa— debe esperar a que le llegue el otoño y se enclaustre en el hogar, donde ella reina, para poder dominarle y poseerle totalmente, se atreve —finales de noviembre, «Encuentros con las letras»— a dar una versión de «Juan José», la obra maldita de Dicenta (1895). Había un gesto de incredulidad y asombro en el director del programa, Carlos Vélez, y en el programador dramático, Vicente Parra (sin relación con el actor del mismo nombre) al ver cómo los jóvenes canosos de la crítica de la izquierda, Monleón y Bilbatúa, de quienes esperaban considerables elogios por su decisión, se alejaban con ironía y desdén de la obra que valió a Dicenta la irradiación, la persecución y el daño; y hasta el haber sido borrado de la lista de precursores del realismo en las historias de la literatura. Le reprochaban no haber tenido en cuenta el valor auténtico de la mujer, y haberla mantenido en su condición de «objeto»; consideraban que Dicenta no llegó a ser nunca el revolucionario que fue Hauptmann en «Los tejedores», sin intentar situar al alemán dentro del contexto de una sociedad infinitamente más evolucionada industrialmente que la española, y que su teatro llegaba inmediatamente después que el de la «Joven Alemania» (Grabbe, Büchner, Gutzkow) mientras Dicenta operaba en la España de Echegaray y en el contexto del obrero recluido en la taberna,

entre mus y analfabetismo. No recordaban «Daniel», y que Dicenta había llevado al escenario una huelga en el interior de una mina, donde las fuerzas del orden descenden, con las tercerolas apuntadas, por el ascensor (no es lógico que lo recuerden: no hay referencias de la «Historia del teatro español del siglo XX», de Ruiz Ramón; ni en la «Historia social de la literatura española» de Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Iris Zavala; se encuentran, en cambio, en la «Enciclopedia Britannica»).

Incluso en una obra contemporánea, como «La vieja señorita del paraíso», de Antonio Gala —otro de los grandes éxitos de taquilla; vencedor, incluso, de una crítica generalmente adversa— se encuentra esta indecisa cabalgadura sobre el tiempo, esta ambigüedad entre las formas de sociedad teóricamente pasadas y continuamente presentes: la persecución de la homosexualidad, el amor entre razas, el amor terreno del sacerdote. Aparte del atractivo del autor y de la interpretación, probablemente han representado valores importantes estas relaciones, que a los que están en una cierta vanguardia del comportamiento y tienen la posibilidad de una ruptura de las leyes sociales les parece anacrónico o arcaico, pero para muchas personas son cárceles reales, formas de persecución enteramente actuales.

¿Habrán que indicar otro salto atrás en «El corto vuelo del gallo»? La obra de Jaime Salom (Teatro Espronceda 34, Madrid) nos devuelve a la infancia de Franco, a la guerra de Franco, al dominio de Franco y a la familia de Franco. Más allá de los trazos biográficos, está presente esta otra lucha: entre el pensamiento liberal y el autocrático. Lucha de hoy.

Todas estas obras de regreso al pasado, que están llevando al público al teatro que había desertado —sin un exceso de entusiasmo, indudablemente— podría dividirse en dos grandes grupos: aquellas que encierran un pensamiento que podríamos llamar progresista, y las que, como «Anacleto se divorcia» representan de una manera absoluta lo contrario. Esta división sirve exclusivamente para mostrar que el interés del público, como sociedad otra vez dividida, otra vez bipolarizada, está en los mismos temas de los distintos «entonces» y que esos «entonces» sobreviven. Señalemos una vez más la diferencia con lo que sucede en otros países y con el fondo de la moda «retro»: lo que ha pasado aquí es que se ha congelado el desarrollo de la vida, y que los problemas que se estaban planteando en la época de la República, y aún antes, vuelven a ser problemas hoy, después de años de ocultamiento. Son la señal de un tiempo perdido. ■ I. V.